CAPÍTULO XCVIII. *Que prosigue lo del pasado y el mal estado en que se entendió que se hallaban los mexicanos*

L MISMO DÍA SALIÓ UN INDIO, de gran cuerpo, con espada y rodela de Castilla muy empenachado y galán, pidió por la lengua a Cortés que le enviase algún castellano con quien quería pelear, porque muerto por mano de hombre valiente, tendrían contento y venciéndole quedaría con gloria. Díjole Cortés que viniesen otros diez como él, porque con todos había de pelear aquel que había de salir. Replicó que era él tan valiente como el que había de pelear, que le mandase salir. Volvió Cortés a decir: pues no quieres llamar a los otros, para que veas cuánto valen los muchachos castellanos, ves aquí este paje mío, sin barba, que te ha de matar. Salió Juan Núñez de Mercado (que así se llamaba el paje) y aunque el indio era osado y valiente, a pocas tretas le mató de una estocada, de que los indios quedaron corridos y lo tuvieron por mal agüero y Juan Núñez de Mercado, muy estimado de Cortés a quien presentó las armas y plumajes del capitán mexicano. Otro día volvieron a entrar los ejércitos, no se ocupando sino en cegar los malos pasos y derribar casas, hasta el punto de pelear y que los caballos guardasen las espaldas. Llegados pues a combatirse, meneaban las manos reciamente por ambas partes; y Cortés subido en una torre alta, ordenaba lo que en todas partes convenía; cosa que los mexicanos (porque todos le vieron) sintieron mucho. Peleóse de esta manera seis días y en la retirada iban delante los indios amigos, guardándoles las espaldas los castellanos y algunos caballos se emboscaban y salían alanceando. El postrer día, viendo los caballos que no parecían los indios, temiendo de alguna emboscada se volvían; y cargándoles con gran grita revolvieron. Tenían ya tanta gente en los terrados, con tantas piedras, que convino a los caballos volver más que de paso y con todo eso salieron heridos dos caballos. Por la mayor parte peleaban los castellanos en las calzadas y los indios amigos por los terrados. Viendo Fernando de Osma, que estaba en lo bajo, que los mexicanos llevaban a los tlaxcaltecas sin orden, se echó al agua, aunque armado; subió por un humero; salió fuera, muy tiznado y a vista del ejército, peleó con un capitán mexicano que llevaba espada y rodela, diole algunas cuchilladas y al cabo le mató de una estocada que los indios no sabían tirar, ni reparar. Con esto se animaron los tlaxcaltecas y vencieron a los mexicanos, que este día quedaron muy quebrantados.

Mandó Cortés a Gonzalo de Sandoval, que estaba con Alvarado, que fuese adonde él estaba con quince caballos; y de los que tenía, que por todos eran cuarenta, envió diez con el ejército, a pelear y derribar casas, como se hacía, con aviso que al tiempo del retirarse, él acudiría con los demás. Mandóles que apretasen los enemigos lo más que pudiesen y los entretuviesen. A la una, después de medio día, fue Cortés con los treinta

caballos, emboscólos; y para más disimular, subióse a la torre adonde antes había estado; cuando fue hora bajóse; dio la orden; púsose con los emboscados; en siendo hora el ejército se comenzó a retirar. Revolvían los diez caballos, tan flojamente, según pareció a los indios, que llegaban a darles en las ancas con las macanas; y como esta retirada era industriosa, se cebaron tanto los indios que acudieron muchos y de los mejores, pareciendo que llevaban la victoria. Cuando fue tiempo salió la emboscada; tomaron las espaldas, dejaron a los indios amigos que acudiesen sobre los enemigos; hízose gran mortandad, espantados los mexicanos de ver tantos caballos; no hubo indio amigo que no llevase brazo o pierna, con que tuvieron buena cena. Mataron seiscientos de los más principales. Mientras se peleaba, antes de retirarse, hallaron los castellanos en una sepultura alguna cantidad de oro, que sería como mil y quinientos pesos (porque nunca el castellano en la guerra, deja de ocuparse en algo). Y así retirados los castellanos, ciertos señores de Mexico enviaron sus esclavos a reconocer si el ejército se alojaba; fueron vistos de los caballos, que los alcanzaron y prendieron algunos; después de lo cual, jamás llegaron los mexicanos a la plaza; tan atemorizados quedaron de este día; en el cual sucedió asimismo que entrando Juan Rodríguez Bejarano en una casa fuerte peleando y retrayendo los enemigos, topó con una mujer de buen arte; llevóla a Cortés; súpose que era principal; regalóla; díjola que no tuviese pena, que los castellanos trataban bien a las mujeres, aunque fuesen madres e hijas de sus enemigos. A todo esto se hallaba presente Marina, cuyos regalos y ofrecimientos de Cortés, porque la prometió la libertad y otras cosas, fueron parte para que dijese el estado de los enemigos y de su intención, que habían estado en opinión de rendirse, aunque con algunos buenos sucesos se habían mudado; y que Quauhtemoc y sus deudos estaban determinados de morir, aunque ya la mayor parte de la gente peleaba contra su voluntad; que les faltaba la comida y la munición; que entre otros había discordia, que si los apretaba por todas partes vencería; y tomados los pasos, por donde entraba el agua, vianda y munición; que habían levantado casas de madera, visto que les derribaban las de piedra; que los apretasen de día y de noche con las armas y con el fuego, porque atento esto y la hambre, no podían resistir; y que los de su linaje eran de contrario parecer de Quauhtemoc.

No hubo desgracia este día entre los castellanos, sino que saliendo los de la emboscada se encontraron dos de a caballo, cayó el uno de una yegua, que se fue a los enemigos, que la flecharon mucho y por la mala obra se volvió a los castellanos y en el cuartel murió. A la noche, las centinelas tomaron dos indios mexicanos; dijeron delante de Cortés que habían salido por las casas derribadas a buscar leña y yerbas que comer, porque padecían extrema necesidad; mandóles dar de comer y comían, espantados de ver en su enemigo tanta virtud; dijeron que se padecía mucha hambre en Mexico, aunque estaban determinados de morir en la demanda. Dio cuenta de ello a los capitanes, porque conformaba con lo que la señora decía. Pareció que no se perdiese punto en apretar la guerra, mandó al

cuarto de el alba enviar emboscadas y gente que prendieron más de ochocientas miserables mujeres y niños, que salían a buscar de comer, aunque algunos mataron sin poderse estorbar. Los bergantines rompieron muchos tablados, en que se ahogaba mucha gente; echaron a fondo muchas canoas que andaban pescando y hicieron gran destruición, y como fue a hora extraordinaria los mexicanos quedaron espantados y ninguno salió a pelear. Otro día de mañana salió Cortés con muy buena orden y la misma llevaban los indios amigos, de los cuales por saber el mal estado de los mexicanos y por el aborrecimiento que les tenían, teniendo a dicha verse libres de su imperio, habían acudido sin número a pelear contra ellos. Cegáronse todos los malos pasos de la calle de Tacuba, por la cual ya se comunicaban con el ejército de Alvarado, porque se cegaron muchas acequias y se ganaron muchas puentes de otras calles; y se quemaron las casas de Quauhtemoc, que eran muy reales y grandes, adonde los mexicanos se fortalecían y ofendían mucho, con que quedaron ganadas las tres partes de la ciudad; y con todo eso el día siguiente, que fue el de el bienaventurado apóstol Santiago, que se volvió a entrar y se llegó al mercado, ganando una calle ancha, con mucha agua, adonde los mexicanos tenían su confianza por no poder los caballos andar en ella; pero las ballestas les hicieron gran daño y las picas fueron aquí de mucho provecho, porque los que las llevaban las sabían jugar. Murieron infinitos mexicanos, con gran lástima de ver hecho tierra lo que era agua y derribar y quemar los más hermosos edificios de el nuevo mundo; decían los mexicanos a los indios de el ejército castellano: quemad y destruid las casas, que nosotros haremos que las volváis a hacer mejores, si venciéremos; y si vencieren los castellanos, también las haréis para ellos. Otro día, después de Santiago, se volvió a entrar; hallóse la calle de el agua como se dejó. Pasóse a una torre de ídolos, adonde hallaron las cabezas de algunos castellanos sacrificados que, con mucha lástima y dolor, fueron conocidas. Peleaban los enemigos con el mismo valor que el día primero, hasta cerca de la noche, que pareció a Cortés que se debía retirar. Otro día, a hora de las nueve, estando Cortés oyendo misa, para entrarse, vio humo en las torres de Tlatelulco y que era más de lo que se hacía cuando los indios sacrificaban. Juzgó que Alvarado debía de haber entrado en el mercado; y fue así que persuadió a su gente, que emprendiesen de ganar a Tlatelulco, con que vendrían a merecer doblada gloria, pues allí consistía la fuerza de los enemigos. Pelearon, pues, valerosamente y llegaron a vista de el mercado y aunque hicieron más que hombres, no pudieron ganar sino aquellas torres adonde mandó Alvarado que se hiciese aquel humo para que lo entendiese Cortés y los mexicanos se desanimasen. Entró luego Fernando Cortés y no quiso hacer más de cegar puentes y allanar pasos; aunque siempre peleando y cargándole a la retirada, con la misma porfía que siempre, en la cual fue menester que Alvarado, por su parte, mostrase ánimo y prudencia; porque le apretaron demasiadamente.